

## REALIDAD E IDEALIDAD EN EL TRABAJO SOCIAL CHILENO

Matricio García Letelier (\*)

### I. INTRODUCCION.

Hace unos veinte años se hablaba de crisis en el trabajo social chileno y latinoamericano. Toda la energía creadora se movía hacia la reconceptualización de la disciplina y el diseño de un nuevo modelo profesional. Nos parece, sin embargo, que lejos de haberse vivido plenamente los desafíos de esa crisis, los acontecimientos que se sucedieron en el país a principios de los años setenta, condujeron a dejar en suspenso todos los resultados. Los efectos de este hecho se dejan sentir en toda la estructura del trabajo social actual, aunque donde más golpean es en el ánimo de los estudiantes y jóvenes egresados.

No obstante quedar congelada y hasta censuradas muchas de sus manifestaciones, dicha crisis se desarrolló dentro de un marco de expectativas esperanzadoras, de voluntad creativa y de argumentación epistemológica, ideológica y pragmática. Pero, al dejar sin solución el problema, éste busca algún cauce de salida, convirtiéndose en una tarea puramente académica, en la que dejan de ser partícipes los trabajadores sociales de campo. Este hecho y la situación social contextual dan origen a la crisis que observamos hoy en el trabajo social chileno.

La de hoy, es una crisis de incertidumbre por el destino de la profesión, de escaso espíritu creador en su interior y, hasta no pocas veces, de cierto escepticismo por la vigencia y aplicabilidad de los valores más caros al ejercicio profesional. Esta crisis corroe la moral del estudiante y del joven profesional, y llega a agotarlo, aún antes de comenzar su labor. En cuanto a los mayores, muchos confiesan algún grado de pérdida de confianza en la necesidad y eficacia de la profesión y, al hacerlo, dejan de ser modelos a seguir. En tanto, en los círculos académicos, es común observar la huida hacia al bosque de las complejidades científico - tecnológicas, en donde suele estar ausente la mística que dio calidez al trabajo social de antaño.

Diseñar el trabajo social de nuestro tiempo es,

en lo que generacionalmente hoy nos corresponde, pensar y crear una parte de nuestro país. Es un cometido que supera la necesaria reestructuración de planes curriculares o de amoldar el producto profesional en función de los vaivenes de un incierto mercado. La coyuntura actual es propicia para reflexionar profundamente acerca de la disciplina y la profesión, considerando de manera relevante los acontecimientos históricos y sus posibles proyecciones. El presente ensayo se propone tocar tan sólo uno de los tantos aspectos relativos al tema, esto es el origen y desarrollo de la actual dicotomía entre el trabajo social de campo y el académico, signo característico que, sin ser nuevo, juega en la coyuntura un rol preponderante.

### 2. SOCIEDAD Y PROFESION.

Si, por un momento, imagináramos materializado el ideal aristotélico en la existencia de sociedades humanas concebidas para el cultivo de la amistad y la perfección, que aceptan el clamor creativo que nace de la vida de los individuos y de sus relaciones sociales, configurando una dialéctica interior que da cauce a la plenitud de potencia propiamente humana, podríamos comprobar que dichas sociedades son verdaderas garantías de la auténtica libertad y monumentos de tolerancia, pues gustan de la verdad (1). Sería posible, en el lenguaje tomista, la consumación del bien común (2). En cambio, en el otro extremo, en la imaginación y la realidad, observamos sociedades apropiadas por algún tipo de señorío, que se obstina por disminuir las fuerzas vivificantes y renovadoras de la dinámica social que surge natural y espontáneamente, cuando no, impulsada por las fuerzas espirituales que palpitan en el alma del pueblo.

(\*) El autor es Asistente Social y Docente de la Escuela de Servicio Social de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales de la Universidad de Valparaíso.

Las primeras son creadoras, tolerantes, desarrolladoras del individuo y la comunidad, e insaciables en la búsqueda de respuestas adecuadas a las necesidades humanas. Las segundas son temerosas del cambio, crean incertidumbre permanente, y en ellas reina la intolerancia.

Como toda entidad, las profesiones juegan su destino entre estas dos alternativas opuestas. Dentro de la primera las profesiones son fruto esencial de la dialéctica entre necesidades insatisfechas y respuestas activadas (3). La sociedad, al percibir algún vacío en su procesos de desarrollo, va generando creativamente las respuestas de adecuación a sus propias demandas. Así, la profesión emerge como un producto elaborado en los talleres de la vida cotidiana, nutriéndose además de la teoría científico tecnológica, la que a su tiempo arranca desde el sistemático aprendizaje de la verdad y la eficacia en el vasto campo de su respectiva realidad objeto.

Sin embargo, en nuestros tiempos y con cierta frecuencia, no han faltado quienes ven en las profesiones una oportunidad de aplicar diseños ingeniosos, que nos hablan de pautas elaboradas a partir de ciertos supuestos de intervención en algún área de particular interés. Bajo la óptica de que "la necesidad crea el órgano", hay aquellos que estimulan la aparición de nuevas demandas, artificiosas por cierto, para vender su producto profesional a un mercado de consumidores potenciado ex-profeso. De allí que no es casual verificar la presencia de ciertas profesiones tras la búsqueda de sus respectivos clientes, configurándose una situación que más bien debería ser inversa. Tal aberración señalada en términos absolutos, pudiera parecerse exagerada, aunque en dimensiones relativas se acerca a la realidad. A menudo las profesiones, y subsecuentemente sus profesionales, caen en la invención artificial de sus modelos internos, so pretexto de seguir tendencias modernas, reformulaciones académicas o, en fin, dar respuesta a probables demandas provenientes de un mercado idealizado por el optimismo intelectual.

Planteadas así las cosas, nuestro argumento se apoya en las más generalizadas y reflexivas concepciones acerca del origen y papel de las profesiones en la sociedad, entre las que destaca la del español Ortega y Gasset. Las profesiones deben responder a las necesidades reales que, impulsadas por fuerzas biosíquicas y sociales y mediando un lento proceso de perfeccionamiento, han llegado a fundir, en el hacer de individuos investidos en órdenes disciplinarias, el arte y la ciencia de abordar eficazmente el alivio al dolor o la satisfacción de expectativas. Del mismo vocablo profesión, se infiere lo esencial del profesional: su creencia, en lo que hace y el afecto en cultivar su ejercicio. Así la profesión, el profesional y las demandas sociales reales se van a integrar en una síntesis de características prácticas y éticas.

El profesional será signo de necesidades efectivas y compromiso de buscar respuestas adecuadas para satisfacerlas.

Las profesiones que han anidado en la universidad deben ser las más conscientes, tanto de su praxis como de su conducción ética. El privilegio de compartir un lugar en el selecto nivel de la educación superior habla de por sí solo de su deber de velar por presentarse siempre como pilares de la respuesta social a las necesidades emergentes.

Pero eso no es todo. En los hechos, las verdaderas profesiones son lo que las élites dirigentes, los intelectuales y la masa popular han sido capaces de crear, en función de sus respectivos móviles y niveles de conciencia. Así la sociedad creadora, tolerante y libertaria dará origen a la existencia de profesiones funcionales a sus verdaderas necesidades; progresistas en la búsqueda del conocimiento y la eficacia; humanistas y celosas de cultivar una ética vinculada al bien común. Serán fruto de la libertad de indagar, de crear, de reformular y hasta de cesar y desaparecer si fuere el caso hacerlo. En sociedades de libertad restringida las profesiones son dogmáticas, pautadas y obedientes y hasta llegan a buscar su legitimación con omisión de las necesidades del pueblo. Son profesiones cautivas, sometidas a sus comisarios, quienes dictan su ética y sus métodos.

### 3. SOCIEDAD Y TRABAJO SOCIAL.

En nuestra opinión, al insertarse en la realidad chilena, en el primer cuarto de este siglo, el trabajo social profesional constituyó una adecuada respuesta a necesidades sociales sentidas. Su practicismo asistencialista no sólo fue un legado del tronco europeo que le dio origen, sino también de una acertada visión de las demandas de las clases populares de esa época. En este inicio, profesión y realidad social se encuentran para dar forma a una actividad útil a la asistencia y educación del pueblo. Ello, en buena medida, es el fruto de médicos pioneros, concedores del panorama de la salubridad, verdadera ventana hacia el vasto mundo de la problemática social (4).

Se vivía el tiempo en el que, traspuesta la época portaliana y asentado el Estado en forma, la república veía emerger a la actividad pública a la clase media, hija cultivada de una aristocracia delibitada en su capacidad de fronda, a la vez que emparentada con la burguesía agroindustrial (5). Era el inicio de un período de creciente participación ciudadana que involucraba sostenidamente a toda la población, proceso que se identifica con la vigencia de la carta constitucional de 1925, caracterizado por un régimen de democracia liberal.

Aunque la historia del trabajo social chileno

Desde su fundación hasta la reconceptualización de los años sesenta, en nuestra opinión, no está suficientemente registrada, existen interpretaciones acerca de su significado (6). En el concierto general latinoamericano hay quienes han visto a una profesión instrumentalizada por los poderosos para acallar las demandas de los sectores populares. En otra posición se ubican aquellos que, obviando el análisis histórico-político, hacen ininteligible el proceso de cambios operados al interior de la disciplina. En fin, otros ven, en los primeros cuarenta años, a una profesión aséptica, descomprometida, sin arraigo verdadero en la realidad social ni en el pueblo (7).

Si tratamos de poner cada cosa en su lugar, habría que reconocer que, en la particularidad de nuestro país, se vivía un período de una república que evolucionaba hacia una democracia social, no obstante sus contradicciones internas y sus traspiés. Simultáneamente seguía desarrollándose en su seno la identidad de sus diversos grupos sociales, fenómeno que, al decir de algún historiador, es el resultado de la ruptura del consenso incubado desde la época patriarcal (8). La libertad se abre paso en todos los frentes, proveniente de las presiones heterogéneas propias de una sociedad diversificada.

En cuanto al trabajo social, éste intenta adaptarse a las nuevas exigencias, al mismo tiempo que incorpora los nuevos métodos de intervención profesional y el conocimiento de las ciencias sociales. Los trabajadores sociales impregnados de valores humanistas cristianos y laicos se orientan hacia un tipo ideal de sociedad. En su profesión buscan servir a ese ideal.

#### 4. REALIDAD E IDEALIDAD EN TRABAJO SOCIAL.

Como todo lo latinoamericano, nuestro trabajo social se fascina con lo extranjero, proveniente del mundo desarrollado de occidente. La profesión se deja "colonizar", porque así como ocurre en la sociedad, y especialmente en las capas medias y altas, hay dentro de ella una predisposición a sobrevalorar lo que proviene de los centros desarrollados, subestimando sus propias raíces. De este modo, un proyecto de profesión que inició su camino con paso seguro, comienza en algún momento, a incubarse en su propio interior, un abismo creciente entre el trabajo social de campo y el trabajo social académico. El primero, inconsciente de su propio talento, se desgasta en un trabajo productivo que casi no deja huellas que puedan servir de ilustración en la construcción de una teoría disciplinaria nacida de la práctica, tarea que permitiría crear un tipo de conocimiento transmisible a la comunidad profesional y a los jóvenes que inician sus estudios. En general el

trabajo social chileno sigue esperando nutrirse de las experiencias extranjeras, en tanto que la suya propia no está siendo validada, porque suele ser desvalorizada por el colonialismo mental al que es proclive. Particularmente, el trabajo social académico, dueño de la situación y alejado de la responsabilidad de enfrentar directamente la problemática social, comienza a convertirse en el principal gestor de una dicotomía, que se traduce en el surgimiento y desarrollo de dos términos antinómicos: por un lado el trabajo social real, que hace la práctica de la profesión; por otro, el trabajo social ideal, hasta podría decirse que oficial, que dicta las normas técnicas, que reflexiona epistemológicamente y que indica cuáles han de ser las teorías sociales que ilustran el momento, en relación a su particular y coyuntural visión de la realidad social.

La crítica al trabajo social latinoamericano y chileno de los años sesenta, que antecede y aún sucede a la reconceptualización, tiene, como toda obra humana, signos positivos y negativos. De sus méritos, expresados en el significativo impulso a la creación intelectual y a la reorientación teórico-práctica de la disciplina y de la profesión, se ha hecho ya cargo más de algún ensayista. Pensamos que quizás falte agregar que tal crítica fue ciertamente abusiva en lo concerniente al trabajo social de campo, la profesión real. Aún más, a menudo la severa censura a la práctica profesional nació de los claustros académicos, mostrando así una situación que antes no existió, o bien apenas se insinuaba: hay en verdad entre nosotros un trabajo social aristocratizante, que no se sirve o se sirve poco de la práctica y que incluso elige a los suyos de entre los que no han sido contaminados con esa práctica, es decir no recluta elementos de entre los profesionales más destacados en el trabajo de campo. Nuestra atenta observación del proceso nos lleva hasta afirmar que, en los grados extremos, se ha llegado a anatemizar en contra del trabajo social de campo, conducta agresiva en la que no han estado ausentes agentes extraños a la profesión (9).

La reconceptualización en nuestro país, se detiene con el fin del régimen democrático. La crisis interna del trabajo social quedó en suspenso, pues éste se enfrentó a la necesidad de sobrevivir a las nuevas contingencias. No obstante, dentro de los círculos académicos, aunque con lentitud, se sigue formulando el proyecto futuro de la disciplina y de la profesión. En parte fue necesario borrar la imagen de activista político que había surgido de las propias aulas universitarias. En tanto, el trabajo social de campo se desvincula de la reconceptualización se vuelca a la práctica que conocía, sólo que esta vez debe aplicarla en una situación contextual distinta ser paradójica que haya sido esta parte de la profesión la que finalmente diera continuidad histórica al

trabajo social. Pero, en verdad, ello siempre ocurrió así, sólo que los críticos no lo notaron. Fue la profesión real la que despertó el interés de la sociedad en los años veinte, y en particular de médicos, empresarios, jueces, políticos y científicos sociales, a la vez que fue capaz de sortear con éxito sus propias zozobras condicionadas por las variaciones programáticas del devenir político social del país. El trabajo social de campo, en sus sesenta años, ha aprendido bastante: conoce todo el espectro de alternativas políticas del mundo contemporáneo y ha sabido sortear los desafíos inherentes a los distintos proyectos históricos, aprovechando las oportunidades que le permitan poner a prueba toda su capacidad educativa, asistencial y organizacional. Realidad y trabajo social de campo buscan empeñosamente encontrarse fuera de la crisis. En cambio el trabajo social académico no logra salir de ella, en la medida que sigue el curso de la idealización teórico pragmática orientada a formar una profesión construida en laboratorios. A menudo, de espaldas a la profesión real, no espera aprehender algo de ella, en tanto que el aprendizaje concibe sobre la base de la observación de modelos provenientes de realidades ajenas, cuando no de intrincadas elucubraciones. En tanto, los mejores exponentes del trabajo social de campo, junto con su sabiduría y experiencia no están presentes como recurso indispensable en la formación de los jóvenes profesionales. Así, realidad e idealidad se ofrecen como signos opuestos al interior del trabajo social criollo.

## 5. COMENTARIO FINAL.

En nuestros días hay un concierto de voces que coinciden en revalorar la vigencia del orden democrático en la sociedad chilena. La profesión también debe entrar en el proceso, primero en su interior. Resolver el problema dicotómico que hemos expuesto significa evitar en el futuro la existencia de aristocracias profesionales que se sientan tentadas a estructurar un poderío intelectual de élites y que, además, se autodesignen como dictadoras del desarrollo que ha de seguir la profesión. Este aserto es también válido para las cúpulas gremiales que, a menudo, se asocian a las aristocracias académicas.

Por su parte, el trabajo social de campo debe ser alentado a que, en su propio ejercicio, vaya descubriendo sus virtudes, sus métodos y su interpretación de la realidad social, como asimismo a que instrumente el manejo de sus particulares procesos de cambio. Los mejores trabajadores sociales de campo deben ser los principales actores en la docencia del trabajo social, para que exista sólo un circuito retroalimentador en la disciplina y se cierre el abismo existente hasta ahora.

El trabajo social académico debe evitar colonialismo intelectual que le ha caracterizado, que proyecta a la práctica profesional, pues es a parte de la profesión la que sirve de modelo de referencia a toda la disciplina.

En último término, en su proyección hacia el exterior, entrar al proceso democratizador significa a nuestro juicio, orientar la acción profesional preferentemente en la dirección que los precursores pioneros del trabajo social chileno señalaron desde sus comienzos, esto es a atender las necesidades de los pobres y marginados, especialmente en un período en el que las demandas sociales desbordan la capacidad de respuesta del sistema social. De esta forma se contribuirá efectivamente a sintetizar en uno solo al trabajo social, eliminando la actual dicotomía. Asimismo se vería recuperada la interacción dialéctica inicial entre trabajo social y sociedad, situación en la que la profesión deja de ser un modelo ideal constituyéndose en un medio eficiente para hacer frente a las necesidades de este tiempo.

## BIBLIOGRAFIA Y NOTAS.

- 1) De "La Etica Nicomaquea", citado en "Amor y Comunidad Política según Aristóteles", de Mauricio Schiavetti, Revista de Ciencias Sociales Nº 10, Edeval, Valparaíso, 1980.
- 2) De "Summa Theologica", citado en "Economía Simplificada" de Leslie P. Singer, Cogesa - Dordrecht, Sexta Edición, México, D.F., 1974.
- 3) García L., Patricio, "Los Estados de Necesidad como Objeto del Trabajo Social", Revista de Trabajo Social Nº 47, Editada por la Escuela de Trabajo Social, Pont. Univ. Católica, Santiago, 1985.
- 4) Maidagán de Ugarte, Valentina, "Manual de Ciencias Sociales", Naciones Unidas, 1963.
- 5) Encina, Francisco A., "Historia de Chile", Tercera Edición, Nascimento, Santiago, 1949-52.
- 6) En efecto, en nuestra profesión escasea la historiografía de visión integralista. Quizás el mejor texto de este tipo corresponda a la memoria de F. de la Asistente Social Angélica Figueroa S., titulada "Evolución del Servicio Social Profesional en Chile durante el período comprendido entre los años 1925 - 1975", Universidad de Chile, Valparaíso, la que, lamentablemente por su naturaleza, alcanzó sólo una difusión restringida.
- 7) Entre otros ver a Herman Kruse en "Ideología del Servicio Social", Antolín López en "Hacia una Elaboración Teórica y Metodológica del Trabajo Social Latinoamericano" y Vicente de Paula Fernández en "Trabajo Social, Ideología y Método".
- 8) Encina, Francisco, op. cit.
- 9) Como es de todos conocidos, buena parte de la ideología tibia al trabajo social latinoamericano y que provino de ideólogos y científicos sociales.